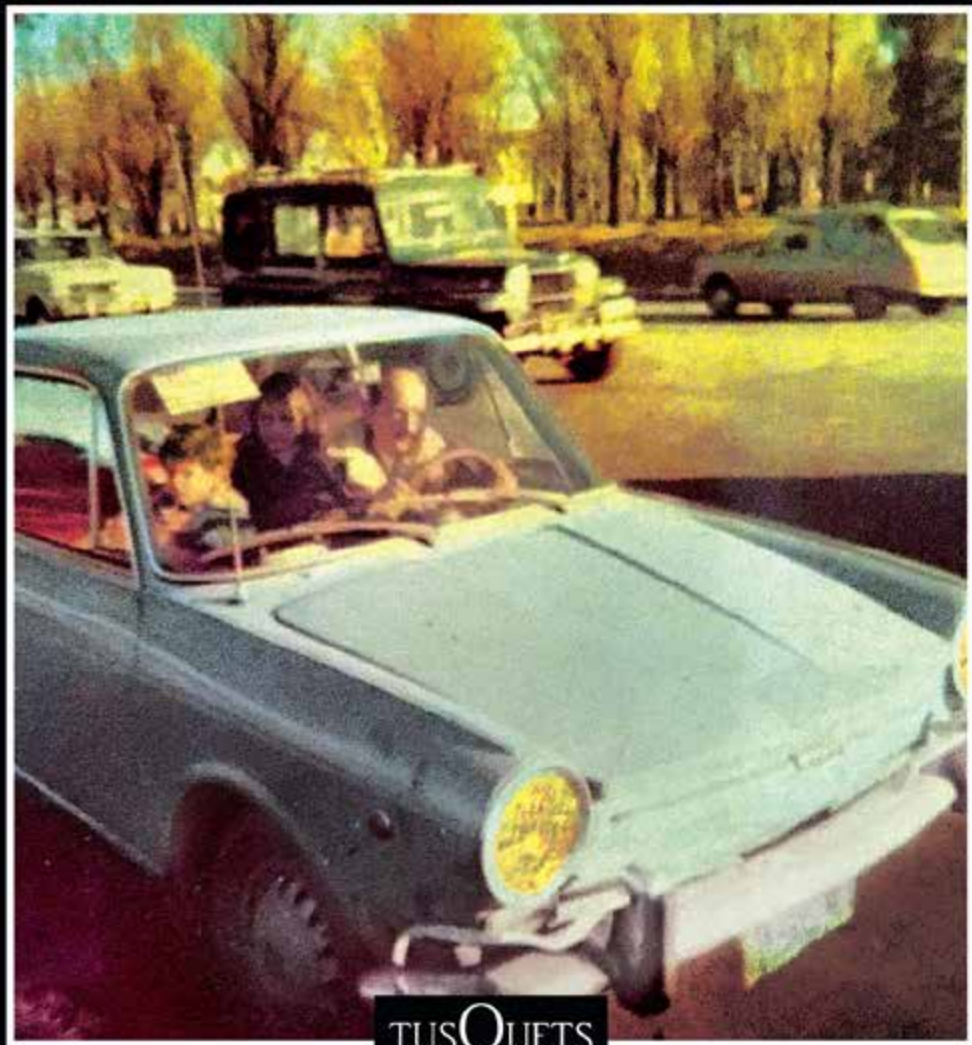


Luciano Olivera

ASPIRINAS Y CARAMELOS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

LUCIANO OLIVERA
ASPIRINAS Y CAMELOS

TUSQUETS
EDITORES

La pasión

Aspirinas y caramelos

La primera vez que tuve la sensación de que mi viejo se moría, que lo vi débil de verdad, fue yendo a ver al Rojo.

Rodolfo, así se llamaba, era periodista. Trabajaba en tele, en radio y en gráfica. Los viernes solía llegar con un regalo: credenciales de prensa para la cancha. Crecí acostumbrado a los lugares privilegiados, vi muchos partidos desde las cabinas, al lado a los relatores de la radio, o en plateas lujosas. Era parte de la chapa de mi Papá.

Pero en 1980 la mano venía distinta. El viejo estaba sin laburar en los medios. En la Argentina de la plata dulce, había puesto un kiosco en una galería al lado de Sadaic. Ese negocito, último bien de una extraña herencia familiar, no daba para ningún lujo. Vivíamos con lo justo. Y el periodista sentía que le faltaba el brillo de la profesión. El otrora escriba, reconocido y jefazo, ahora expendía alfajores, turrone y 43/70. Un dato: lo hacía de saco y corbata. Me cuesta recordarlo con otra ropa. Era casi su uniforme.

Es posible que yo, un hinchabolas de once años, haya insistido para ir a la cancha ese día caluroso de diciembre. Jugábamos el partido de vuelta de una semifinal del Nacional. Racing de Córdoba nos había ganado 4 a 0 en la ida, pero vaya a saber qué extraño convencimiento nos hacía creer que lo podíamos dar vuelta. Tomamos el bondi

a Avellaneda –ya no teníamos el Fiat 800 que se había ido para pagar una deuda– y encaramos la larga marcha por la siempre convulsionada Alsina. Éramos miles los que caminábamos hacia el estadio de la Doble Visera envueltos en banderas, gorros y entonando los clásicos cantitos de «vamos a salir campeón».

Llegando a las boleterías, vi que el viejo encaraba para la fila de la popular. Debe haber visto la cara de decepción del nene acostumbrado a las cabinas y las plateas. Me dijo algo así como «hoy vamos acá, es mejor». No le creí. Entendí que era lo que se podía. La fila de al lado, la de las butacas, era más ordenada. La de la general era un caos de empujones y gritos. Mi viejo –vale la pena recordar que lo suyo eran más las letras que las multitudes– pujaba por llegar a la ventanilla, pero no avanzaba. De pronto lo vi salir de esa marea de compradores de último momento. «Vamos, esto no es para nosotros» me dijo. Me salió de adentro un «¿Y si vamos a la platea?». Creo que mi pregunta fue un puñal. Me contestó «No tenemos plata». Recuerdo la sequedad de la respuesta. Hoy entiendo que era la última armadura de un tipo disminuido, que no podía cumplirle un deseo a su hijo. ¿Era grave? No, claro que no. Pero evidentemente para él tenía un simbolismo. Ya no era lo que había sido. No se le abrían las puertas de las cabinas. No llegaba a comprar dos plateas. Empezaba a no poder.

Con aire de vencidos volvimos por Alsina, una calle que siempre me pareció horrenda. Mientras nos alejábamos del estadio, recuerdo haber escuchado el rugido de las tribunas, exaltadas por la salida del equipo. A las pocas cuadras, mi viejo detuvo la caminata. Me miró y me dijo «esperá un segundo». Se sentó en el portal de una casita. «¿Qué te pasa?» le dije. «No me siento muy bien, ya se me pasa». Una señora

que veía la escena desde adentro de la casa salió y le dio un vaso de agua. La situación no duró mucho, se recompuso rápido. Al rato estábamos de nuevo en el colectivo y media hora más tarde, en casa. Lo que podría haber sido un simple sofocón, fue para mí una señal grave. No sé bien por qué, pero ese día de diciembre, algo me dijo que mi viejo se estaba muriendo. Tenía jóvenes cincuenta y tres años, pero fumaba mucho, había tenido un preinfarto un par de años atrás y no se cuidaba. Y estaba, aunque eso lo comprendí muchos años más tarde, muy deprimido.

Rodolfo se fue un par de años después, sin dar demasiada lucha, sin comprender que era más importante cuidarse que entregarse al vicio que lo había tomado a los catorce años y del que, para colmo, estaba orgulloso. Nos dejó rápido. Mi enojo con él, por no haber estado, por no haber peleado, duró años. Muchos años.

Ese hombre que se fue envuelto en debilidades, antes de apagarse, fue mi ídolo. Ese porteño tanguero que no me legó un mango, me dejó un puñado de cosas invalorable: el gusto por la historia, la pasión por la lectura, el placer de una buena partida de ajedrez, el ateísmo, una imagen de decencia inquebrantable que fue clave para que yo no me desviara cuando me tentaron. Y claro, el paladar negro de hinchada de Independiente. De muy chico aprendí dos versos: el primero, Maril, De la Mata, Erico, Sastre y Zorrilla. El segundo, Miceli, Ceconatto, Lacacia, Grillo y Cruz. Se dicen de corrido, rápido, porque decirlo así es señal de que sabés.

Nos recuerdo embanderando juntos la casa, mientras esperábamos que la Estación Terrena de Balcarce retransmitiera la señal de alguna final de la Libertadores jugada en Montevideo, en San Pablo o en Santiago. Nos veo saltando

y gritando goles de Bertoni que ya van a venir, repitiendo Bo-Bo-Chini hasta la afonía, aplaudiendo barridas de Panchito Sa, corajeadas del Mencho Balbuena, tiros libres de Pavoni. Me gustaba escuchar aquella anécdota de una tarde en la que Bernao se había acercado a plena platea baja y le había dedicado un gol a mi vieja. Amaba a Boneco, aquel perro pulgoso que salía a la cancha con el primer equipo, llevando en su boca el banderín del CAI.

Cuando yo era chiquito, Rodolfo solía venir con un caramelo. Me lo daba y me decía «te lo manda el señor Independiente». Otras veces traía en cambio una aspirina. Ante mi mirada de asco, respondía «te la manda el señor Racing». Era un tipo serio, pero cuando quería, tenía salidas memorables.

El viejo se fue en junio, vaya casualidad, del 83. No llegó a ver el gol de Percudani al Liverpool. Tampoco vivió esa tarde en la que salimos campeones frente a un Racing que descendía. Pero su vida estuvo repleta de vueltas olímpicas, de hazañas, de gloria internacional. De eso, se fue lleno.

Escribo esto en plena agonía. A no ser que obre un milagro, en tres semanas nos habremos ido a la B. No sé qué pensaría Rodolfo ahora, pero estoy seguro de que jamás se le cruzó por la cabeza que su invencible equipo repleto de copas, estuviese así, casi sentenciado, a días de adquirir esa mancha imborrable.

Me costó años despedirlo, hacer un duelo como corresponde. Creo que una buena parte de mi tristeza actual tiene que ver con que no puedo parar de recordarlo. De recordarte. Volví viejo. Aparecete de traje, envuelto en una bandera roja. Decime que todo esto es una aspirina que me mandó el señor Racing. Que nosotros comemos caramelos, porque los amargos son ellos. Enseñame de nuevo a

aplaudir un sombrerito del Bocha. Agarrame de la mano para gritar un gol de Bertoni.

Pero si no podés volver, te entiendo. Ya es hora de bancármela solo. Seré digno. Aunque, te aviso, a escondidas de Lola, voy a llorar.

Instagrams de ayer

No encuentro mi carné de Independiente. Recuerdo que lo saqué de la billetera a la vuelta del último partido de local, después de haber desafiado una tormenta y visto un triunfo, pero no sé dónde lo puse.

Busco en mi cajón, ahí donde están los dibujos de Lola, los antiácidos, los relojes que dejé de usar hace años, los documentos vencidos. Revuelvo un poco, pero nada. Es demasiado rojo para pasar desapercibido. Pienso, trato de reconstruir el momento en que lo guardé. Apenas puedo recordar que lo puse en algún lugar poco común, bien a resguardo. Tanto, que no sé dónde está.

Sobre mi cómoda hay un pequeño baúl de juguete. Sé que dentro hay cosas que mi vieja me dio hace tiempo. Fotos, algunos objetos. Testimonios, fragmentos de mi vida con Papá. Cartas de ellos cuando se estaban conociendo. Hace años, muchos, que no lo abro, pero algo me hace creer que el carné puede estar ahí. Entonces destrabo la cerradura y levanto la tapa. En realidad, sé que estoy haciendo otra cosa.

Lo primero que veo es una espada. Mejor dicho un corta papeles con forma de espada, con una bandera suiza en el mango. Lo recuerdo de chico, estaba en mi escritorio. Lo tomo con delicadeza, tiene roto uno de los brazos de la cruz. El acero parece bueno. Huele ácido, como hace

treinta y cinco años. Lo recorro y siento el mismo suave frío de aquellas tardes de Lomas de Zamora o de San Telmo, en las que lo usaba para cortar hojas a la mitad que luego transformaba en palomas de origami. Palomas, lámparas chinas, barcos de dos chimeneas, flores, patos. Rodolfo había aprendido el arte y dedicó un buen tiempo a enseñármelo. Yo me especialicé en las palomas pequeñas. Podía hacerlas del tamaño que me pidiesen. Ínfimas pero voladoras. Por chicas que fuesen, si uno les tiraba de la cola las alas se movían y la cabeza se inclinaba. No fueron pocas las noches de bares y discusiones de militancia adolescente estiradas con doble intención, hasta que solo quedara aquella rubia de rulos a la que un ave de papel le arrancara una sonrisa con promesa de beso.

Debajo del cortapapeles suizo reposa un puñado de fotos. Las conozco casi todas, pero algunas me sorprenden. O quizá me llaman más la atención hoy, que cumplo años, que Mamá está internada, que mi hija me revolotea alrededor y que estoy escribiendo esta historia. En una aparezco sentado junto a Rodolfo en la Costanera Sur, sobre un pequeño paredón que da a un Río de la Plata bastante limpio. El viejo está echado hacia atrás y me abraza, llevándome con el movimiento hacia su eje. Ambos quedamos con las piernas para adelante, como marcando un punto de fuga arriba a la derecha, entre la cabeza de mi Padre y algo de cielo. La mitad de la foto está tapada por un dedo apoyado en el lente. Hoy hubiese bastado con mirar la pantalla del teléfono y sacarla de nuevo para subirla a Instagram. Pero en esa época los rollos de doce, veinticuatro o treinta y seis eran carísimos y el revelado aún más, entonces las fotos con dedos valían tanto como las que no. Se guardaban, se veía lo salvado y ahora me alegra la frescura de esa instantánea sin red.

Hay otra que me saca una sonrisa. Acá me veo adentro del auto, voy de copiloto de un Rodolfo con gamulán de corderito. Mariana, mi hermana mayor, asoma por atrás. La foto está sacada desde la calle. Debemos haber parado, Mamá habrá bajado y nos habrá puesto a posar. La verdad que el trabajo es bueno, parece como si alguien nos hubiese tomado al pasar, no estamos mirando a cámara y hasta da la sensación de que el auto se está moviendo. Miro en detalle y veo que el capó tiene una especie de revoque. Algo se activa en la memoria. Se me aparece la palabra «masilla». Me ilumino. Algo pasó que al auto hubo que llevarlo al chapista, ponerle masilla, esperar que seque y repintarlo. La imperfección le da a la foto una realidad maravillosa. El cuadro me ofrece dos datos más: lo friolento que era mi viejo y la confirmación de algo que siempre supe: el interior del coche era rojo. Busco el celular, la llamo a mi hermana Mariana, le grito el gol. Ella juraba que era gris.

Hay más. Me veo con seis años, pantalones oxford y polera. Veo a Mamá jovencísima y linda, maquillándose frente a un espejo. Veo a María, la menor, de bebé, recién llegada, en una situación familiar muy posada. Y en el fondo, justo antes de que terminen las fotos y empiecen las cartas, encuentro una joya.

Es 1910 y mis abuelos, los padres de mi Padre, están en el Rosedal, posando ante lo que debe haber sido una de esas cámaras viejas, de madera, como las que una vez contratamos en un paseo de domingo por la rambla donde está la fuente de Lola Mora. Pero es posible que en mi infancia ya fuesen una excentricidad. De hecho, nosotros teníamos más de una Kodak Instamatic y hasta una Polaroid –de esas que imprimían la foto apenas tomada– que Rodolfo se compró con un aguinaldo. La de mis abuelos habrá sido

de avanzada para aquel centenario en el que se molestaron hasta el parque para hacer semejante producción. Mi abuelo está de pie, lleva frac y bombín, un hermoso par de zapatos, camisa de cuello duro y moño. Tiene la mano derecha en la cintura, como compadreado y con la izquierda sostiene un papel grande enrollado, como si fuese un mapa o un plano y un cigarro. Su mirada es firme, penetrante. Si algo me han dicho a lo largo de mi vida es que mis ojos miran demasiado fuerte. Siempre creí que el rasgo venía de mi Padre, pero hoy, alumbrando con la linterna de mi iPhone una foto sacada hace ciento cuatro años atrás, descubro que los Olivera miramos así desde el siglo XIX, por lo menos.

A la izquierda de mi abuelo, apenas apoyada sobre un muro bajito, posa Angélica Lema, mi abuela. Ilumino de nuevo, la recorro en detalle. Sombrero oscuro de ala ancha y remate de plumas, vestido al tono, larguísimo, con pechera clara. Las manos sostienen un par de guantes claros y una pequeña cartera. Me detengo en ellas, me llaman la atención. Sus dedos son largos y finos. Los miro porque es otra de las pocas cosas de las que me siento seguro. Si me dicen «tenés lindas manos» sé que no me están mintiendo. Tengo dedos de pianista, como los de la abuela Angélica. Voy a su cara. Resaltan la nariz afilada y un asombroso parecido con mi hermana María. Capturo la imagen con mi teléfono y la publico en Twitter. Recibo varios comentarios, entre ellos uno de María que dice «¡Soy mi Abuela!». La pose de Angélica es lánguida, un tanto forzada. Ladea la cabeza dando tres cuartos de perfil, mira a cámara con algo de desdén que me encanta. Adoro el fastidio de una mujer cuando está como harta de algo y lo manifiesta desde una actitud de realeza. Les queda sexy. Nos ponen en un lugar

de tener que atender y satisfacer. Nos devuelven al macho primitivo. Hay una pizca de eso en la mirada de mi abuela y yo lo celebro casi como si hubiese encontrado un tesoro. O quizá lo encontré.

Dejo la foto lleno de datos, de información y de dudas. Antes de devolverla a su baúl de juguete la miro una vez más y noto que el fotógrafo encuadró con Rodolfo a la izquierda, Angélica al centro y dejó aire a la derecha para que entrara una planta exótica, algo así como una palmera pequeña. Compruebo que es igual a una que planté hace poco en la casa de campo. Ya está, la guardo.

Sigo revolviendo pero no quiero abrir los papeles. Cuando Mamá me los dio me dijo que ahí estaba parte de la historia de todos nosotros. Alguna vez los miré muy por arriba, con miedo y pudor. El mismo que tengo ahora, un segundo antes de elegir uno al azar, o más bien por la textura preciosa que aún conserva. Está sepiado por el tiempo, doblado en cuatro. No quiero abrirlo pero obvio que lo hago, con afán de investigador de lo que ya debería saber. Es una carta fechada en Colonia, Uruguay, el 6 de abril de 1964. Por cuatro días, Estela aún tenía dieciocho años. Los mismos que mi sobrina con la que me mando *selfies* sacando la lengua. Apenas siete más que Lola, mi bebé de once. Estela escribe con una preciosa letra cursiva:

Rodolfo:

No sé cómo llamarlo, no sé si decirle amigo, pero creo que es la palabra más acertada. Es difícil escribirle a una voz, a una persona que en nuestra imaginación cobra cara y gestos pero sin adivinar que pueda semejar al verdadero. A usted le sucederá lo mismo pero ahora se terminó el incógnito, por lo menos va a ver mi cara (no se asuste mucho).

Devoro la carilla. Es ni más ni menos que la carta que acompañó la primera foto que Mamá le mandó a Papá, de la cual se habrá enamorado y por la que la invitó a Buenos Aires a que se conocieran. La redacción es romántica y bastante histórica, Estela se queja de los fotógrafos de Colonia que no son muy buenos y que seguramente no la habrán favorecido, se cubre reiteradamente de un posible rechazo –yo siento que mira su lunar y teme– y dice algo que, otra vez, me da la razón:

Hasta pronto Rodolfo y disculpe mi cortedad algunos días, pero cuando así sucede es que el Sr. Balmaceda está cerca mío y yo no quiero tener problemas en mi trabajo, por lo menos quiero conservarlo hasta que Ud. quiera verme convertida en ama de casa.

Cariñosamente, Stella.

Stella, alla italiana. Sabía que era así y que se lo cambiaron acá, cuando le dieron la residencia. Ella lo niega pero la carta no deja dudas. Dieciocho años, lista para dejar su ciudad y transformarse en el ama de casa de un hogar del que no conocía nada. Ni la cara de su hombre. Una locura, o la historia del amor. Pienso en las redes. En el «mandame tu foto» de cualquier relación de hoy. Leo la carta y se me mezclan las épocas. Un poco me asombra la certeza de mi Madre sobre ese anuncio de viaje a ciegas hacia la mega ciudad que la iba a embarazar y a hacer parir una vida nueva. Me vació en la lectura. Coloco algunas comas donde no las hay para salvar la ortografía, pero esa casi nena de colegio básico de pueblo uruguayo escribía bastante bien, con gracia y soltura. Hay un solo tachón de una s por una c y termina eligiendo la correcta. Es posible

que la haya redactado más de una vez, por la importancia de la carta, porque la iba a recibir un periodista. Se la nota detallista. Pero la esencia está. Si lo hizo, supo esconder la copia tras un trazo prolijo pero auténtico.

PD. Si quiere escribirme, vale esta dirección: CW1 Radio Colonia, Colonia ROU, entregar a Stella.

Se hablaban por eso. Porque el periodista de Buenos Aires llamaba a la radio emblema de las operaciones extra gubernamentales de la época, la que saltaba las prohibiciones, en búsqueda de datos. Y ella era la telefonista de esa AM en la que Ariel Delgado gritaba «hay más informaciones, para este boletín» y que los porteños sintonizaban cada vez que había un fragote. Años después Ariel, ya amigo de mis viejos y dueño de la radio, vino a casa. Los militares le querían comprar la frecuencia para que dejara de contar lo que acá no querían que se supiera. Escuché la conversación desde mi cuarto, entendiendo poco y nada, adelantándome en décadas a la compraventa de medios por razones políticas.

Voy a guardar las fotos y la carta. Voy a dejar de escribir. No quiero que nada más se cruce con las historias que encontré. Las quiero así, mágicas y abiertas.

El carné del Rojo estaba, obviamente, en el cajón de siempre.